

B. RELIGION MESOPOTAMICA

1. Ubicación geográfica y política

La región mesopotámica está ubicada entre los dos grandes ríos (meso-potamos): Tigris al oriente y Eufrates al occidente. Al sur de la región, en la antigua Caldea, rica en pozos petrolíferos, confluyen ambos ríos, para desembocar, formando un solo gran brazo, en el golfo pérsico¹.

Dentro de ese marco geográfico, incluyendo sus inmediaciones principales al sur-oriente (Elam) y al occidente (Siria, Palestina y Arabia), entraron en juego pueblos de tres razas y procedencias distintas: **Asiánicos** (Sumerios, Elamitas, Asirios, Sirios, Fenicios, Filisteos), **Semitas** (Akkadienses, Caldeos, Arabes, Ebla, Líbaneses y Amorreos), **Arios** (Hititas y Hurritas).

La interacción, o incluso superposición, de estos diversos pueblos a lo largo de la historia mesopotámica, la hace particularmente compleja. Por eso mismo uno se ve necesariamente llevado a esquematizar para hacer más simple el análisis histórico. Veamos ese marco histórico, en el que se desenvuelve la perspectiva religiosa, en un proceso de diez pasos sucesivos:

1.1.Sumer. Durante la primera mitad del tercer milenio antes de Cristo, la situación política y cultural mesopotámica está bajo la clara hegemonía sumeria. Parece que los sumerios se habían establecido desde muy antiguo al sur de esa región, en donde a inicios del tercer milenio se encuentran ya sedentarizados. Por lo mismo hay quien considera que los sumerios constituyen la raza autóctona de Mesopotamia, aunque puede verificarse que, bajo el estrato arqueológico sumerio, se encuentran restos de una cultura previa conocida como de Obeid.

El sistema político sumerio estaba organizado por ciudades, con sus respectivos reyes. Siendo el rey de Lagish quien tenía mayor poder, seguido por el de la ciudad de Nippur.

La hegemonía política sumeria, sin embargo, se funda principalmente en su superioridad cultural. La escritura sumeria (cuneiforme) es la más antigua de Mesopotamia y quizás del mundo, junto a los jeroglíficos

¹ Ver Mapa en Apéndice de **Ilustraciones**, n. 6..

egipcios. De manera que, incluso una vez que Sumer habrá perdido su hegemonía política, mantendrá por largo tiempo esa hegemonía cultural.

1.2. **Akkad.** En la segunda mitad de tercer milenio se produce, en Mesopotamia, un acontecimiento militar que cambia la hegemonía en la región. Irrumpen los pueblos semitas akkadienses del norte, aunque probablemente se trate de tribus nómades procedentes de las estepas arábicas, bajo el liderazgo de **Sargón I**, o **Sarrukén**², rey fuerte y ambicioso, que ascendió al trono de la ciudad de Kish y consumó, después, la invasión del territorio del sur, fundando la ciudad de **Agadé**, como capital de la dinastía akkadiense, situada en las cercanías de la antigua localidad de Babilonia.

Akkad mantuvo la hegemonía política en Mesopotamia durante toda la segunda mitad del tercer milenio. Sin embargo, la base cultural sumeria, con la escritura cuneiforme propia, fue asimilada por los akkadienses, de tal manera que la cultura de Akkad es fundamentalmente sumeria.

1.3. **Gudea.** Al final del tercer milenio comienza a tambalearse la hegemonía de akkad, socavada por presiones provenientes de las tribus denominadas "gutti" (elamitas). Un rey de Lagish tiene aquí una particular importancia: **Gudea** (hacia el 2150)³, quien dejó inscripciones cuneiformes famosas referentes a la concepción religiosa y a otros aspectos de la vida ciudadana.

1.4. **III dinastía de Ur.** A partir aproximadamente del 2100, cobra gran importancia la llamada III dinastía de Ur, ciudad situada en la región de Caldea, al sur de Mesopotamia, que se impuso sobre las demás ciudades de la antigua región sumeria. El fundador de la dinastía fue Ur-Nammu (hacia el 2060). Su hijo y sucesor, Shulgi, llevó al máximo la hegemonía de esa dinastía, que se extendió durante unos 100 años, hasta que fue derrocada en 1950.

² Cf. Apéndice de **Ilustraciones**, n.7.

³ Cf. Apéndice de **Ilustraciones**, n.8.

1.5. **Primer Imperio Babilónico.** Ya entrado el segundo milenio, hacia el 1830, tiene lugar otro cambio de escenario. Pueblos nómades, de raza semita, provenientes del oeste (=amurru) presionan por el norte de Mesopotamia hasta que logran atravesar el Éufrates e invadir la región. Son los conocidos **amorreos**. Su fuerza de choque era tal que penetraron por el norte hasta Asiria (el Tigris) y por el sur hasta las fronteras de las antiguas ciudades sumerias. Estos amorreos subyugaron progresivamente todas las ciudades de la región, tanto sumeria como akkadinese, y también las ciudades de los asirios que habían comenzado a levantar cabeza, después de la caída de la primera dinastía de Ur.

La nueva hegemonía amorrea constituyó, así, el primer imperio mesopotámico propiamente tal, erigiendo como capital una pequeña ciudad estratégicamente situada en el centro geográfico de la región: **Babilonia**. De esta manera, surgió el Primer Imperio babilónico, con su primera dinastía, cuyo principal representante fue el sexto rey de esa dinastía, el famoso **Hammurabi** (1728-1636), quien, después de un breve período de convivencia pacífica con sus vecinos del oeste del Eufates, sobre todo el rey de Mari, Zimri-lin, fue subyugando también esa región hasta convertir su imperio en el más extenso que nunca antes hubiera existido, yendo su poder, de norte a sur, desde Asiria a Egipto y, de este a oeste, de Elam a las costas mediterráneas de Siria.

Al mismo tiempo fue extendiéndose la cultura babilónica y comenzó a adoptarse la escritura semita del tipo akkádico, en lugar de la sumeria cuneiforme usada hasta entonces en toda la Mesopotamia.

1.6. Los **Cashitas**. La misma extensión del imperio logrado por Hammurabi fue la causa de su progresivo debilitamiento. Tribus nómades del este comenzaron a presionar y a penetrar en el territorio, cruzando el Tigris, así como, por el norte, presionaban también tribus hititas, provenientes del Asia Menor, donde se habían establecido desde inicios del 1900. Así, pues, el segundo sucesor de Hammurabi sucumbió, hacia 1600, ante los embates de unas tribus extranjeras poco conocidas, provenientes del este: los **cashitas**.

1.7. **El imperio hitita y Mitanni.** La caída del primer imperio babilónico tuvo lugar en 1540, cuando el rey hitita Mursili I, al mando de tribus indoeuropeas, se apoderó de la ciudad de Babilonia, erigiendo el Imperio Hitita,

que se extenderá a todas las ciudades del sur, mientras, en el norte, se fueron sedentarizando otras tribus nómades, también indoeuropeas, provenientes del Asia Menor y el Cáucaso, los **hurritas**. Estos lograron imponer su hegemonía en la región de la antigua Akkad, constituyendo el imperio conocido como **Mitanni**.

La tensión entre hititas del sur y hurritas del norte (Mitanni) duró desde el siglo XVI hasta mediados del siglo XIV. Gracias a esa pelea entre indoeuropeos, por el dominio de toda la región, los **cashitas** consiguieron mantener la capital Babilonia e ir ampliando su hegemonía a las demás ciudades del sur, hasta obligar a los hititas a retirarse hacia Siria. Durante este período, los egipcios fueron llegando, por mar, a las costas sirias luchando a menudo, primero contra los hurritas de Mitanni y, después, contra los hititas establecidos en Siria, una vez expulsados de Mesopotamia.

1.8. **Imperio Asirio.** Aprovechando su lejanía del centro de la región mesopotámica, así como las peleas entre los diversos imperios sucesivos, los asirios, con su capital Nínive situada al noreste, a orillas del río Tigris, habían ido levantando cabeza y, en 1260, su rey Salmanasar I logró derrotar a los indoeuropeos del imperio Mitanni, enfrentando luego también a los cashitas de Babilonia hasta derrotarlos. De esta manera se impuso el nuevo imperio asirio, con capital en Nínive, el cual se prolongará por largos siglos has el año 612. Es durante esa larga hegemonía que tuvo lugar la invasión asiria del reino de Samaría, por parte del rey asirio Senaquerib, y la deportación a Nínive de los habitantes de Israel, el año 722.

Pero el rey más notable del imperio asirio es, sin duda, Asurbanipal (hacia el 669), quien reunió, en Nínive, la notable biblioteca de 22.000 tablillas cuneiformes, descubiertas en el siglo pasado en las ruinas de la antigua ciudad de Nínive, que había sido trasladada por él mismo desde Babilonia a Nínive, al derrocar aquel imperio.

1.9. **II Imperio Babilónico.** El año 612, los babilonios (cashitas) lograron de nuevo zafarse del yugo asirio, hasta destruir la capital misma de su imperio, Nínive. En esa destrucción desaparecieron también los que habían sido deportados del antiguo pueblo de Israel. Así, fue restaurado de nuevo el Imperio babilónico. Por otra parte, durante este segundo imperio babilónico tuvo lugar

también la invasión de Judá (el 593) y la destrucción del Templo y la ciudad de Jerusalén (en 587), con la consiguiente deportación de los judíos a Babilonia, bajo el gobierno del rey Nabucodonosor.

1.10. **Persas y Griegos.** La hegemonía del II imperio babilónico duró hasta la entrada en escena de los persas Aqueménides, con el rey Ciro, en el 539, quien dejó en libertad a los judíos deportados en Babilonia. El imperio persa se extendió hasta Egipto, creando allí una dinastía faraónica, hasta que Alejandro Magno, en 334, consiguiera invadir Mesopotamia, llegando hasta el valle del Indus, y sometiendo a todos los pueblos antiguos, del Indus al Nilo. Luego vendrán los romanos a imponer su propia hegemonía mundial a partir del año 63. De esta manera, Mesopotamia perdió ya definitivamente su antiguo poderío tanto político como cultural.

2. Creencias religiosas principales en Mesopotamia

2.1. Elementos religiosos primitivos

Aunque se trata de elementos poco precisos, a partir de las fuentes distinguibles de origen sumerio, parece claro que ese pueblo tenía una creencia elemental en un poder sagrado presente en todas las cosas, al que denominaban **Me**. Al respecto, el historiador y fenomenólogo de la religión G. Widengren comenta:

"Se concebía no sólo como una especie de fluido, sino como algo subsistente, individual, diferenciado e impersonal, residente en todos los elementos más importantes de la religión practicada por los mesopotámicos de habla sumeria"⁴.

Asimismo, en las fuentes de origen akkádico, se encuentra una creencia parecida, en lo que denominan **Parsuna** -que es un poder sagrado presente en dioses y templos-, y **Lamassu** - poder sagrado presente en los seres humanos-; además, el hombre tenía su **ilu** (espíritu o alma), su **ishtar** (hado) y el **sedu** (impulso vital). Finalmente, estaba también sometido al **simtu** (destino).

Por las características de presencia inmanente de un poder sagrado, propias del **Me**, **Parsum** y **Lamassu**, y de las otras categorías antropológicas,

⁴ **Historia Religionum, vol I, Religiones del Pasado**, Madrid, Ed. Cristiandad, 1973, p. 122.

éstas pueden considerarse como elementos propios del animismo, a los que, sin duda, iban vinculadas, prácticas de tipo mágico. Pero los elementos primitivos de la religión mesopotámica tienen sobre todo que ver con la mitología de la naturaleza, particularmente de tipo astral. A esa astrología se debe el extraordinario desarrollo mesopotámico de presagios y horóscopos, como medios para discernir o adivinar el destino (**simtu**) impuesto por los astros divinizados⁵.

2.2. Divinidades principales

El panteón mesopotámico es muy complejo, debido a que las múltiples culturas que ahí se fueron sucediendo, al creer en la existencia de dioses propios y ajenos, iban superponiendo las divinidades. Los dos pueblos que están en la base de la cultura mesopotámica -Sumer y Akkad- centraban su actividad sociopolítica alrededor de las ciudades. En ellas habían dioses locales, con templos y grupos sacerdotales propios. La hegemonía política de un pueblo sobre otro llevaba consigo también la hegemonía religiosa de unas divinidades sobre otras. Pero los dioses, con sus templos y sus sacerdotes, de las ciudades vencidas eran reconocidos como tales por los vencedores, aunque puestos a menudo en el lugar jerárquico de poderes protectores secundarios. Esta tolerancia y sincretismo caracterizó también la influencia hegemónica de los amorreos y de los asirios, a partir del segundo milenio.

He aquí, pues, una breve síntesis de las divinidades principales del panteón mesopotámico. Hay una diosa previa, conocida como Nammu, que equivale a el Agua primordial que es la gran matriz del ser, de la cual proceden los mismos dioses (teogonía), si bien el dios supremo puede ordenar el "destino" (**simtu**) jerárquico de los demás dioses. El panteón mesopotámico está constituido, en primer lugar, por las dos "tríadas" que corresponden a la mitologización de las tres dimensiones más notables de la naturaleza **cósmica** y **astral**. Además, esas tríadas correspondían también a los panteones de las tres ciudades más importantes de Mesopotamia, primero en Sumer y después en los pueblos que fueron tomando la primacía en el territorio.

⁵ Al respecto, puede verse M. David, **Les Dieux et le destin en Babylonie**, Paris, PUF, 1949.

La tríada cósmica estaba constituida por **Anu** (cielo) con su santuario principal en Uruk, **Enlil** (atmósfera y tempestad), con su santuario en Nippur, y **Ea** (agua), en Eridu. La tierra, en cambio, a diferencia de Egipto, no es divinizada, puesto que es la plataforma que emerge del agua primordial, donde habitan los vivientes y los seres humanos bajo las influencias divinas positivas y negativas, expresadas por los dos hijos de **Ea**, que son **Tiamat** (aguas saladas oceánicas que amenazan siempre con la vuelta al caos y la muerte) y **Apsu** (aguas dulces fecundantes).

La tríada suprema cósmica, de origen sumerio, fue siempre reconocida por los imperios sucesivos. Sin embargo, aun cuando Anu era el primer dios de la tríada, a menudo la importancia mayor la tenía Enlil por tratarse de un dios del aire, más cercano, como tal, a la existencia terrestre que el lejano Anu, dios celeste con algunas características del "deus otiosus" primitivo⁶.

Asimismo, en la versión akkádica del panteón, Ea substituye a la diosa primigenia Nammu, y es de los dominios de Ea que surgen los demás dioses y después también todos los vivientes y los hombres.

La influencia hegemónica de los amorreos (primer imperio babilónico) impuso la supremacía de **Marduk**, que era su dios originario principal. La justificación de esta supremacía de Marduk por encima de Anu y en substitución de Enlil es la variante fundamental que la teología amorrea introdujo en la antigua versión sumero-akkádica del poema de creación , Enuma Elish, situando a Marduk como Señor, por decisión del mismo Anu, quedando éste relegado a un papel de "dios lejano" en su séptimo cielo (Esarra). Asimismo, la hegemonía asiria cambiará a Anu por Ansar (o Asur), y a Marduk por Bel, tal como aparece en las versiones asirias de los antiguos mitos mesopotámicos.

A la tríada suprema, o cósmica, le seguía en importancia la tríada astral, que era la mitologización de los tres astros más sobresalientes en la antigüedad: **Sin** (o Nanna), que es la luna, **Utu** (o Shemesh), el sol, e **Inanna** (o Ishtar), que es Venus.

Sin tenía su templo principal en la ciudad sumero-caldea de Ur; el dios-sol sumerio, Utu, lo tenía en Larsa, mientras que su versión akkadiense

⁶ Cf. el n. 3 de la I parte.

Shemesh lo tenía en Sippar; finalmente, Inanna se veneraba en la ciudad sumeria de Uruk, junto al templo de su padre Anu, mientras que la equivalente akkádica, Ishtar, tenía su culto principal en Sippar y también en Mari.

En esta segunda tríada, el primer lugar era para Sin (luna nocturna) puesto que la noche precede al día; por lo mismo la luna precede al sol y, así, el dios lunar Sin era considerado padre de Shemesh, como también de Ishtar. La diosa Inanna o Ishtar era ambivalente, puesto que constituía la mitificación de Venus, el astro diurno-nocturno. Como nocturna era diosa del amor, y bajo ese aspecto su culto tenía abundantes elementos eróticos y de fertilidad, incluyendo la prostitución sagrada (hierogamia); como diurna, en cambio, era considerada diosa de la guerra.

Bajo la hegemonía akkadiense, el culto a Ishtar se desarrolló mucho, sobre todo en la ciudad comercial de Mari. De ahí se extendió hasta Asiria. Fue en la capital de este imperio, Nínive, donde Sargón I de Akkad edificó un templo a Ishtar, el que siempre se mantuvo junto al del dios supremo Anshar. Pero debido al temperamento guerrero del pueblo asirio, Ishtar era ahí ante todo considerada la diosa de la guerra, más que del amor.

Cuando la hegemonía de Akkad sucumbió bajo la presión amorrea, este nuevo pueblo impuso su propio dios solar, Marduk como dios soberano. Y debido al vigor que, en Mesopotamia, tenía el culto a Ishtar, lo asimiló convirtiéndolo en parte preponderante de su propio culto; de tal manera que, en Babilonia, al lado del templo de Marduk había también el de Ishtar.

Y todos los pueblos vecinos a la región mesopotámica tuvieron un culto muy privilegiado para Ishtar. Es bien conocido el culto de los pueblos cananeos a Astarté (nombre cananeo de Ishtar).

Vinculado a Ishtar (o la sumeria Inanna), como diosa del amor y la fertilidad, estaba su amante esposo **Tammuz** (o Dumuzi, en sumerio). Este dios era considerado por el mito como hijo de Apsu (el agua dulce fertilizante, hijo de Ea). Se lo simbolizaba también a menudo como un **toro** fertilizante. Era un dios de la **vida**, que para ello debía pasar por la **muerte**, localizada en el infierno o "tierra sin retorno", situada en el séptimo piso debajo de la plataforma terrestre, en las antípodas del Esarra, lugar donde habitan los dioses supremos en el

séptimo piso del cielo. Ishtar, la amante esposa de Tammuz, descendía del cielo a buscarlo, para ascender después junto con él, uniéndose, así, en un rito fecundante de amor que permitía el ciclo anual de las estaciones naturales de invierno-primavera, pasando de la muerte a la vida. Ese mito, conocido desde la época sumeria, como **Akitil**, y en la época akkádica como **Akitu**, se celebraba siempre en el día del Año Nuevo. En el rito se practicaba la "hierogamia" entre el rey y la sacerdotisa de Ishtar a quien representaba; mientras el rey representaba a Tammuz (Dumuzi). Por medio de ese rito anual, toda la naturaleza, amenazada de muerte con el invierno y la infertilidad invernal, se regeneraba siempre de nuevo, gracias a la fuerza "homeopática" del rito, que unía esponsalmente a la tierra con el cielo.

Finalmente, hay que señalar a la diosa de ese "mundo inferior", Ereshkigal, con su pareja Nergal, quienes gobiernan en el reino de los muertos, en contraposición a Ishtar y Tammuz como divinidades de la vida y la fertilidad.

2.3.Divinización der rey en Akkad

En la época sumeria, aparece ya la "divinización" mítica del rey en un texto referido al personaje Ziusudra, "el rey, el **passisu**" en un fragmento del mito sumerio del diluvio⁷. Ziusudra pasa a formar parte de los dioses inmortales después de ser liberado del diluvio, mito que, en la época akádica, se ampliará con el personaje Utnapishtim, el Noé babilónico, con cuya historia termina la Epopeia de Guilgamesh de la que hablaremos más adelante.

Pero la evidencia histórica más clara sobre la divinización de un rey en Mesopotamia corresponde a Sargón I, en 2360, quien, una vez hubo logrado la hegemonía de Akkad sobre Sumer, fue considerado como escogido por los dioses para ser el amante divino de la diosa Ishtar, si bien el relato conservado sobre su historia constituye una leyenda que recuerda en algo la de Moisés, también "sacado de las aguas", según la tradición del libro del Exodo⁸.

La divinización del rey aparecerá con mayor fuerza todavía durante el reinado de Naram-Sin, nieto y tercer sucesor de Sargón I. También, más tarde,

⁷ Cf. Pritchard, **Enuma Elish**, Ed.Garriga, op.cit; ver, al respecto, en el Apéndice de **Textos**, n.4,a.

⁸ Cf. **La leyenda de Sargón**, en Pritchard, ANET, Ed. Garriga, pp. 100-101. Ver fragmento en Apéndice de **Textos**, n.4,b.

asumirá esa pretensión sacralizadora el rey Shulgi, de la tercera dinastía de Ur, durante la breve hegemonía de los caldeos en Mesopotamia (hacia el 2000).

Sin embargo, esa pretensión "abolutista" tuvo que enfrentarse a la resistencia de los sacerdotes, que veían en ello la sacralización de la casta guerrera, representada por el rey, con respecto a la propia casta sacerdotal; de forma análoga a la razón por la que, en Egipto, fracasó una pretensión similar por parte de Akén Atón. Quizá debido a ello, en Mesopotamia, duró poco ese atributo de divinidad aplicado al rey. De hecho, con la invasión amorrea y la consiguiente caída de la hegemonía akkadiense, desapareció tal atributo real. Y, así, el mayor representante del imperio amorreo, Hammurabi, ya no tiene carácter divino. Si bien siempre, en la antigüedad, se consideraba que el rey descendía del cielo y era un poder de acuerdo al prototipo celeste, de donde recibía la Ley según la cual debían regirse todos los ciudadanos, tal como puede verse también en la Estela de Hammurabi, conservada en el Museo del Louvre, donde este rey, de pie, ante el dios Shemesh sentado en su trono, recibe el Código legal normativo para el comportamiento humano, de forma semejante a como Moisés recibirá de Dios la Torah en la cima del Sinaí⁹. Por lo demás, el Código de Hammurabi corresponde al período del gobierno de ese monarca, entre 1728 y 1686, época correspondiente al patriarca bíblico Abrán, muy anterior por tanto al tiempo de la posible fecha del Exodo bíblico liderado por Moisés. Y algunos textos legislativos de la Ley mosaica han sido probablemente inspirados en esta, muy anterior, legislación mesopotámica, que constituye quizá el compendio legal conservado más antiguo de la historia.

2.4. Principales mitos mesopotámicos

a. *Poema de la Creación (Enuma Elish)*

Este poema es indudablemente de base sumeria, si bien su redacción definitiva es babilonio-amorrea y es la teología babilónica la que transformó el sentido original, teogónico y cosmogónico, del poema, en una fundamentación apologética de la supremacía del dios amorreo Marduk,

⁹ Esa Estela contiene el famoso **Código de Hammurabi**, escrito en lenguaje cuneiforme, precedido del bajo relieve donde aparece Hammurabi recibiendo el rollo de manos del dios sol Shemesh, cf. Pritchard, Ed. Garriga, pp. 163-195 y el grabado n. 59, al final del libro (Puede verse también un fragmento del Código en el Apéndice de **Textos**, n. 4,c; así como el grabado en **Ilustraciones**, n.9).

reconocida por el dios supremo de la tríada cósmica tradicional, Anu. De esta manera, en la redacción amorrea se trata de la exaltación del dios Marduk como dios soberano por encima de todos los dioses del panteón mesopotámico. Marduk es, así, según el arreglo hecho por la nueva versión amorrea del texto, el creador de cuanto existe (cosmogonía) y, a la vez, quien asigna a los dioses su lugar propio en la jerarquía celeste y es Señor de las "tablillas del destino" (simtu) de los hombres.

Según el mito, pues, una vez que los dioses supremos Anu, Enlil y Ea han creado las aguas caóticas (Tiamat) y las fertilizantes (Apsu), ambos hijos de Ea, Tiamat logra imponerse sobre Apsu, aliándose con Kingu a quien convierte en su esposo y lugarteniente. Entonces, los dioses supremos celestes presididos por Anu, se sienten amenazados, en su descanso, por el desorden caótico iniciado por la pareja Tiamat y Kingu, y buscan cómo destruirlos. Es ahí donde emerge Marduk, el dios joven, ofreciéndose para combatir contra Tiamat y Kingu, a condición de que, si los vence, le sea conferido el poder supremo sobre los dioses y las "tablillas del destino" sobre los hombres. La asamblea de los antiguos dioses, presidida por Anu, concede, pues, lo que le pide: " Señor, en verdad tu decreto es el primero entre los dioses"¹⁰, y comienza la batalla, que culmina con la victoria de Marduk¹¹.

Luego el poema recoge el relato de creación del hombre. El mismo dios bueno y vencedor, Marduk, "urgido su corazón a efectuar cosas artísticas", usando para ello la carne del cadáver de la diosa maligna Tiamat o, también, la sangre de su maligno consorte, Kingu, crea al hombre. De esta manera, la realidad del mal hecho por el ser humano, es atribuida al origen "demoníaco" de su materia, si bien ha sido hecho por un dios "bueno".

Ese dualismo mesopotámico será corregido por el monoteísmo propio de la versión bíblica del Génesis, cuya base literaria se encuentra en este poema, al señalar que el hombre es creado por el único Dios bueno, a partir de una materia buena, aunque frágil: el barro (Adamah). Adán es, pues, "barro" y, por lo mismo, la "enbarra". Así, el mal no proviene de una sustancia maligna, (pues toda sustancia es buena ya que proviene del único Dios bueno); sino de la "fragilidad" de la creatura que no es Dios, aunque pretenda serlo.

¹⁰ Cf. **Enuma Elish**, Tablilla IV, v.21, en Pritchard, **ANET**, op. cit. Ed. Garriga, p. 37.

¹¹ Cf. fragmentos del poema, que recogen tanto la asignación de la soberanía divina de Marduk, como su creación del mundo y del hombre, en el Apéndice de **Textos**, n. 4,d.

En el poema mesopotámico, la misma ambigüedad dualista es atribuida al origen "malo" de toda la realidad mundana creada con el cadáver de Tiamat, partido en dos, como un marisco, siendo el firmamento la parte de arriba y la tierra la de abajo, separados ambos por una estaca.

Asimismo Marduk coloca los astros en el firmamento, confiriéndoles la importancia que tenían en la astrología mesopotámica.

El poema termina reafirmando, de nuevo, la soberanía de Marduk, "cuya palabra es firme y cuyo mandamiento no cambia, puesto que ningún otro dios puede anular la palabra salida de su boca" (Tablilla VI, vv. 131-132).

b. Epopeia de Gilgamesh

Esta epopeia es de base sumero-akkádica. En ella no aparecen influencias ni de Asiria ni de Babilonia, no siendo citados los nombres de sus dioses principales, Anu ni Marduk, aun cuando sale una vez el nombre asirio de Bel, equivalente al Enlil akkádico. Está conservada en un total de 11 Tablillas cuneiformes, más una última tablilla, la XII, que le fue añadida como un apéndice. Fueron encontradas en las ruinas de la antigua Nínive, como parte de la famosa "biblioteca" de Asurbanipal.

La epopeia está vinculada a la ciudad sumeria de Uruk. Por lo mismo las divinidades que intervienen son Anu e Ishtar, su hija, que tenían su templo en esa ciudad. Asimismo el protagonista, Gilgamesh, fue también rey de Uruk, alrededor de los años 2700, siendo uno de los primeros monarcas sumerios, a quien la tradición mítica atribuía la construcción de la ciudad, rodeada de su famosa muralla de nueve kilómetros, con 900 torres semicirculares repartidas a todo lo largo del muro. Con el elogio de esas murallas comienza y termina el texto, destacando así el poder que tuvo Gilgamesh durante su vida, aunque haya sucumbido a la suerte fatal de la muerte propia de todos los "mortales" (Tablilla I).

El poema comienza vinculando la historia mítica de dos héroes: el salvaje Enkidu y el rey Gilgamesh. El destino, conducido por los dioses, hace que se encuentren ambos en la ciudad de Uruk. Y ahí se hacen amigos inseparables, como protegidos de los dioses, compañeros de vida placentera, de tiranías y de aventuras. Sin embargo, debido a su exceso en la violencia contra el dragón Humbaba, Enkidu es condenado a muerte por los dioses, y muere sin retorno

posible. Es entonces cuando Gilgamesh, después de su dramática e impotente elegía por la muerte del amigo, se ve enfrentado al mismo destino que arrebató a Enkidu. Y ese es precisamente el tema antropológico y teológico planteado por el texto: la muerte como destino fatal del hombre, frustrando su sed de inmortalidad y condenándolo, así, a la angustia frente al destino irreductible de aniquilación de los "mortales". La tónica y la moraleja con que culmina la epopeia consiste en un llamado al hombre a conformarse con su limitación "mortal", puesto que sólo los dioses son "inmortales", tal como Siduri, la mujer cervecera del relato, le aconseja estoicamente a Gilgamesh, al verlo ilusionado en vano con el sueño de la inmortalidad (Tablilla X).

La epopeia contiene, en su forma ampliada akadiense, el relato mesopotámico del Diluvio, que ya existía en versión sumeria con su protagonista Ziusudra, cuyo nombre akádico es Utnapistim (Tablillas X y XI). En todos sus detalles, el texto ha servido sin duda de base literaria para el relato bíblico del Diluvio, con su propio protagonista Noé, redactado en Babilonia, durante el siglo VI antes de Cristo, por un judío ahí deportado por Nabucodonosor.

Así, pues, Gilgamesh, después de superar obstáculos insalvables, logra llegar a la frontera de la vida, que separa a los mortales de los inmortales, descubriendo el rostro de un ser humano que se halla en la otra orilla, la de los dioses inmortales, Utnapishtim, el Noé babilónico, salvado del caos diluvial.

Ante la insistencia del héroe Gilgamesh, Utnapishtim le concede el secreto para que, también él, pueda hallar la "planta de la vida", en el fondo del abismo. Gilgamesh logra, así, tomar esa planta con su mano, aunque después de pincharse, premonitoriamente, con sus espinas. Y, cuando comenzaba a entusiasmarse con la ilusión de tener finalmente en su poder la "planta de la vida", una serpiente astuta se la arrebató, cambiando ella de piel, como un símbolo de la renovación de la vida que el reptil diabólico, con un engaño, le robó al pobre Gilgamesh.

Ese mismo símbolo será también tomado por el Génesis para redactar el famoso texto de la Caída de Adán y Eva sucumbiendo a la tentación de la serpiente diabólica, al comer del árbol que da el "conocimiento del bien y del mal"

(Gn 3, 11 y 22) y que, en lugar de permitirles acceder al "árbol de la vida", los aparta definitivamente de su acceso posible (cf. Gn 3, 24).

La tablilla XII contiene un apéndice, sacado de otro contexto, pero añadido aquí por el redactor final del poema. Gilgamesh, frustrado por el engaño diabólico de la serpiente, que le ha mostrado el carácter ilusorio de sus expectativas, le pide al dios de los muertos, Nergal, que le permita ver, al menos, a su amigo Enkidu, cuya muerte lo llevó, en vano, a intentar conseguir para sí la inmortalidad. Pero la visión de Enkidu sólo le confirma dramáticamente el destino fatal de la nada que, con la muerte, constituye el fin de toda vida humana, quedándole como único consuelo los modestos placeres de la fugaz vida (el "carpe diem" que también le aconsejó la cervecera Siduri) y la "memoria" gloriosa y nostálgica que de su propio poder tendrán las generaciones siguientes al oír hablar de él¹².

c. Descenso de Ishtar a la "tierra sin retorno"

Este texto se conserva en versión cuneiforme tanto sumeria como akádica, con sus respectivas variantes. Como la Epopeia de Gilgamesh, la recensión final akádica es de mediados del segundo milenio. Su protagonista es Ishtar (o Inanna, en la primitiva versión sumeria), la diosa del amor y la fertilidad. Junto con ella, resulta igualmente importante la diosa Ereshkigal quien gobierna en la "tierra sin retorno"; en este relato casi no aparece su pareja masculina, Nergal.

El texto comienza con el descenso de Ishtar al infierno, sin señalarse la razón de tal "visita". De hecho Ishtar amenaza a su "colega" divina Ereshkigal con derribar las puertas de su reino, si no le abre. Cuando le comunican esa inesperada visita, Ereshkigal "palideció como un tamarindo talado" y se sintió amenazada por Ishtar, como si le viniera a echar en cara la muerte prematura de niños y doncellas inocentes. Ordena, pues, que le den acceso, y permitan que Ishtar descienda hasta el séptimo infierno. Sin embargo, como en un "strepantease sagrado", debe ir dejando progresivamente sus prendas de diosa a medida que va traspasando cada una de las siete puertas del infierno. Deja, pues, la corona, al atravesar la primera la puerta, quedando totalmente desnuda al cruzar la séptima; de esta manera se cumplen "las reglas de la Dueña del mundo inferior".

¹² Para el texto mismo, cf. Pritchard, **El poema de Gilgamesh**, Ed. Garriga, op. cit. pp. 46-88; ver fragmentos del texto en el Apéndice de **Textos**, n. 4,e (cf. **Ilustraciones**, n. 10).

Pero, una vez que Ishtar ha llegado al fondo del abismo, Ereshkigal la encierra ahí soltando las "sesenta miserias" contra el sagrado cuerpo de la diosa del amor. Pero, con la diosa Ishtar raptada en el ínfero, la tierra y los animales quedan infecundos y el reclamo de los vivos a los dioses superiores se hace sentir. Entonces la diosa Ea envía un eunuco a Ereshkigal para engañarla, obligándola a dejar libre a Ishtar, de manera que pueda volver a surgir la vida fértil. Aun cuando Ereshkigal se enoja por ello, finalmente cede y ordena a su visir que suelte a Ishtar, después de "salpicarle el agua de vida". Pero le impone una condición como precio del rescate, diciéndole: "Si no te paga el precio del rescate, ¡hazla volver!".

Este "retorno" de Ishtar al lugar de los muertos puede indicar el carácter propio del mito, vinculado a los ritos cíclicos de fertilidad. La diosa asciende con la primavera, para volver a descender con el invierno. Pero siempre retorna la vida de nuevo en primavera. Por lo mismo, el mito termina con un texto oscuro donde aparece Tammuz, junto a Ishtar, "tocando la flauta de lapislázuli y con el anillo de cornerina", como signo de fiesta nupcial de primavera, insinuando, así, que la probable razón del descenso de Ishtar a la "tierra sin retorno" habría sido la de liberar de la muerte a su amante esposo Tammuz, raptado previamente por la diosa Ereshkigal; tal como, más tarde, en la tradición misteriosa griega, la diosa de la fertilidad Deméter descende al Hades para liberar de sus dominios a su hija Perséfone, la cual asciende también de regreso al Olimpo, con su madre y llevando en brazos a su hijo recién nacido.

De esta manera, este mito mesopotámico constituye el primer antecedente de "culto misterioso" con esquema mítico "incruento" de descenso-ascenso, análogo al mito "cruento" egipcio de muerte-resurrección de Osiris.

Las palabras finales del poema, puestas en boca de Ishtar, están llenas de belleza y misterio, culminando con el anuncio insinuado de esperanza universal de inmortalidad: "Cuando, junto con él (Tammuz), los plañideros y las plañideras suban a mí, **puedan los muertos levantarse para oler el incienso**"¹³.

Con este texto, la esperanza de inmortalidad aparece claramente insinuada, a diferencia del final estóicamente dramático de la Epopeya de Gilgamesh, donde el protagonista debe sólo conformarse con esperar sobrevivir

¹³ Cf. en el Apéndice de **Textos**, n. 4,f.

en la mera "nostalgia" de quienes recordarán su poder, gracias a las murallas "de ladrillo quemado" que él construyó en Uruk.

Conclusión

Mesopotamia, junto a Egipto, constituye la cuna cultural y religiosa de la humanidad. De ahí provienen los documentos escritos más antiguos y también de ahí nos han llegado los mitos religiosos y las normas culturales y legislativas más remotas, en documentos escritos, junto a los textos jeroglíficos egipcios contemporáneos.

En ellos se puede constatar la preocupación central por el sentido de la existencia humana en el mundo, con su origen y su destino; también la relación del hombre con la divinidad y la búsqueda desesperada por superar el destino fatal de la muerte, gracias a esa misma relación religiosa; así como los criterios éticos de convivencia humana que permitan superar el mero instinto selvático del poder.

El problema fundamental del hombre actual, referente a la vida, la muerte y la convivencia, está, pues, ya presente en el antiguo hombre mesopotámico.

El conocimiento de la religión mesopotámica, así como de la egipcia, es además importante para ubicar mejor las tradiciones religiosas semíticas, propias de la Biblia, cuyas raíces se encuentran en aquellos contextos culturales previos¹⁴.

¹⁴ Pueden verse señaladas esas influencias en Bleeker-Widengreen, (Romer, sobre Religión Mesopotámica), **Historia Religionum**, vol I, op. cit., pp. 181-182.